

SECCIÓN INTERNACIONAL
POLÍTICAS CULTURALES EUROPEAS Y
POLÍTICAS DE LA DIVERSIDAD EN EL POST-
BREXIT BRITÁNICO¹

TOBY MILLER

Doctor en Estudios Filosóficos y de la Comunicación, Murdoch University. Director del Instituto de Industrias Mediáticas y Creativas, Universidad de Loughborough, Londres, Inglaterra. Es autor y coordinador de más que 40 libros, y su obra ha sido traducida al español, chino, portugués, japonés, turco, alemán, italiano, farsi y sueco ².
tobym69@icloud.com
www.tobymiller.org.

TOMÁS PETERS

Sociólogo y Magíster en Teoría e Historia del Arte. Doctor en Estudios Culturales, Birkbeck College, University of London.

Las maneras de vivir juntos cambian permanentemente. No son estáticas, sino en constante movimiento. Por ejemplo, en los últimos años en América Latina se han debido inventar nuevas maneras y estilos de convivencia que han exigido repensar sus matrices sociales. En Chile fue necesario elaborar un nuevo contrato social después de diecisiete años de dictadura militar y en Colombia, hace pocos meses, se ha dado paso a un nuevo modelo de sociedad con los acuerdos de paz entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC.

Pensar las maneras de vivir juntos es una responsabilidad constante que jamás termina. En efecto, en la historia occidental reciente hemos debido reinventar las formas de convivencia y acoger las diferencias sexuales, de género, de indigenismo y lenguaje y, sobre todo, saber vivir bajo la experiencia del poder social de la economía. Es sobre estos puntos donde nos interesa enfocar esta reflexión. En este breve ensayo, discutiremos el concepto de diversidad cultural en Europa. Nos dedicaremos primeramente a la relación entre nacionalismo y religión, terminando con un comentario sobre el Brexit y sus consecuencias en las formas de pensar las políticas culturales y la diversidad en nuestro contexto actual.

Europa y la diversidad cultural

La historia de Europa es caótica: se ha forjado bajo una serie de conflictos militares con el norte, sur, este y oeste del mundo. A partir del siglo XV, la colonización europea se caracterizó por una serie de matanzas legitimadas por el capitalismo y el nacionalismo. Fue concebida como un complemento a la incipiente construcción del Estado moderno occidental. Algún tiempo después, los filósofos liberales de los siglos XIX y XX produjeron una idea de Europa sustentada en los siguientes principios: sentimiento nacional, soberanía indivisible, ciudadanía y homogeneidad étnica exclusiva. A causa de la vinculación del nacionalismo con los derechos políticos, estas teorías no renegaron del imperialismo. Por el contrario, señalaron que la soberanía imperial era legítima solo si era económicamente dinámica y con privilegio a la autonomía individual. Bajo ese esquema organizativo, la diversidad sociocultural no cabía como proyecto posible.

En la actualidad, muchos filósofos liberales continúan exhortando a la lengua y la nación común y singular como requisitos fundamentales para una ciudadanía efectiva. Al hacerlo, están enfatizando –a grandes rasgos– la importancia del individualismo como modelo social. Con ello, las responsabilidades y los derechos fundamentales se disocian de las identidades étnicas, lingüísticas, religiosas, de género y otras identidades colectivas. Y lo hacen bajo el supuesto de que, al separarlas del dominio público, lo hacen en nombre de un “juez neutral” y una “igualdad formal”. Este tipo de filosofía liberal se relaciona con los ideales republicanos de la virtud, por la cual las personas renuncian a sus afiliaciones culturales en beneficio de un Estado secular, nacional y no sectorial. Puede tolerar la diversidad en el ámbito privado, pero no en la plaza pública, garantizando así a los ciudadanos la igualdad de trato por parte de los gobiernos.

Este tipo de modelo es posible observar en variados países europeos hoy. Por ejemplo, en Eslovenia, los Países Bajos y Portugal, las ciudadanía se basan en las habilidades lingüísticas. En Suecia, para llegar a ser ciudadano, se debe “llevar una vida honorable”. Para llegar a ser ciudadano en Croacia, es requisito tener un fuerte lazo con la cultura local. Por su parte, en Rumania es necesario tener un conocimiento avanzado de la cultura e historia nacional. De acuerdo con estos ideales de unidad, los inmigrantes deben distanciarse de sus características culturales originales.

1

Este artículo corresponde a una versión extendida de la presentación de Toby Miller en el V Seminario Internacional de Políticas Culturales, realizado por el Observatorio de Políticas Culturales el 7 de septiembre de 2016 en el Centro Cultural GAM, Santiago de Chile.

2

Sus volúmenes más recientes son *The Sage Companion to Television Studies* (con Manuel Alvarado, Milly Buonanno y Herman Gray, 2015), *The Routledge Companion to Global Popular Culture* (2015), *Greening the Media* (con Richard Maxwell, 2012) y *Blow Up the Humanities* (2012).

“En la actualidad, muchos filósofos liberales continúan exhortando a la lengua y la nación común y singular como requisitos fundamentales para una ciudadanía efectiva. Al hacerlo, están enfatizando –a grandes rasgos– la importancia del individualismo como modelo social”.

Este proceso de ciudadanía posee, ciertamente, antecedentes legales. En 1930, en La Haya se firmó el “Convenio concerniente a determinadas cuestiones relativas a conflictos de leyes de nacionalidad.” En el documento se establecía, entre otras cosas, que todas las personas tienen derecho a una nacionalidad y no a más de una. Y, más de treinta años después, en 1963, se firmó en Estrasburgo el “Convenio sobre la reducción de los casos de pluralidad de nacionalidades y sobre las obligaciones militares en el caso de pluralidad de nacionalidades”. En este convenio se afirmaba que tener más de una ciudadanía constituía “una fuente de dificultades” para cumplir, entre otras cosas, obligaciones militares. Bajo estas nuevas exigencias, se requería una regulación explícita frente a la relación “más íntima” que estaba surgiendo en aquellos años entre los miembros del bloque europeo.

Claro que las identificaciones culturales híbridas siempre han sido un terreno complejo para la teoría y la práctica de la ciudadanía. Es más, las ciudadanía múltiples siempre han desafiado a los mecanismos oficiales de reconocimiento ciudadano. Por ello, el impacto de aquellas va más allá de la cuestión del servicio militar o la ayuda diplomática europea: va al corazón de una relación histórica con la figura del soberano, el Estado moderno.

En el caso británico, así como en otras potencias imperiales europeas, surgieron variadas discusiones sobre cómo la noción de ciudadanía se redefinió gracias a las transformaciones económicas experimentadas a finales del siglo XIX y, sobre todo, durante la segunda parte del siglo XX. Gracias a esos procesos graduales de liberalización económica, Gran Bretaña lograría no solo ser parte de una incipiente Europa comunitaria, sino también ofrecería la autonomía e independencia a sus propias colonias. Para muchos jóvenes ingleses que crecieron durante los años 1960 y 1970, era común escuchar a los inmigrantes de África, el Caribe, Pakistán, Bangladesh y la India el slogan “we are here because you were there” [estamos aquí porque ustedes estuvieron allá]. Esta expresión –fuerte en aquellos años y poderosa aún hoy– refleja claramente los conflictos de la diversidad cultural actualmente. En efecto, el imperialismo ha creado un problema para sí mismo con la llegada de sus sujetos y objetosa su propio país. Y se puede observar este conflicto en una manera muy dramática en la esfera de la religión.

3

Hace unos pocos meses fuimos testigos de la controversia en Francia sobre el burkini y el sexismo de Estado en su creación de la idea del inciter.

4

Habermas, J. (2012). *The Crisis of the European Union: A Response*. London: Polity Press

5

<https://www.theguardian.com/news/datablog/2011/jan/28/muslim-population-country-projection-2030>;
<https://www.theguardian.com/world/2015/apr/02/muslim-population-growth-christians-religion-pew>.

Región y cultura: conflictos contemporáneos

Históricamente, los debates sobre la religión en Europa se han centrado en la comensurabilidad del protestantismo y el catolicismo, y su relación entre y dentro de los Estados. Hoy en día, la cuestión es, por supuesto, el Islam en tanto referencia como representación de razas de un gobierno alternativo al secularismo.³

Jürgen Habermas⁴ explica que los actores desterritorializados del terror están formados por una potente mezcla de fe, etnia, y economía. A partir de esas combinaciones han surgido –por parte del mundo árabe, zonas del sur de Asia y desde los propios países de Europa– una serie de respuestas a la violencia, provocación y colonialismo occidental histórico. Desde el punto de vista demográfico, la evolución de la presencia musulmana en Europa es muy interesante. El porcentaje total de la población musulmana en Europa aumentó desde un 4% en 1990 a un 6% en el 2010. Se estima que, para el año 2050, los musulmanes representarán el 10% de los europeos. Por otra parte, el año 2010 había 4.1 millones de musulmanes en Alemania (5% de la población del país) y casi 5 millones en Francia (menos del 8%). A nivel europeo, la mayor población de musulmanes está en Rusia, con 16 millones (el 11% de su población).⁵

¿Cuál es la opinión de los europeos sobre los musulmanes?

El 36% de los habitantes de Alemania están en contra del Islam y casi todos ellos se reconocen como cercanos a la derecha política. En Francia, Bélgica, Alemania y los Países Bajos, la preocupación por el crecimiento de las comunidades musulmanas ha generado movimientos populares que llaman a restringir su migración. Sin embargo, en Gran Bretaña –que tiene una larga historia de malos tratos con el mundo árabe, pakistaní y africano– el panorama es ligeramente distinto al resto de Europa. A diferencia de la experiencia de



los años setenta, en la actualidad se percibe una cierta tolerancia por el Islam. Sin embargo, resulta clave preguntarse entonces: ¿por qué surge el Brexit y cuáles son sus causas y consecuencias?

Las políticas culturales frente al Brexit
El Brexit inglés sorprendió a muchos y reforzó las ideas de otros sobre la Unión Europea. Si bien aun no podemos ver con claridad sus raíces y consecuencias, se pueden elaborar algunas hipótesis de análisis. Una de las razones por las cuales la campaña para permanecer como miembro de la Unión Europea fracasó tiene que ver con cuestiones conectadas fuertemente con el multiculturalismo.

Como se señaló más arriba, los problemas que la teoría liberal tiene con el multiculturalismo se relacionan con sus nociones más tradicionales como el individualismo, la economía liberal, un lenguaje compartido y, por cierto, la “lealtad” de las ciudadanías. Puesto en simple: la tensión histórica entre las motivaciones individuales y las restricciones del colectivo (algo muy diferente a las ideas políticas y culturales del mestizaje en América Latina). El multiculturalismo, en este sentido, acepta la dominación liberal, pero bajo el principio de la tolerancia. Y es justamente ahí donde el Brexit actuó.

El gran problema que tuvo el multiculturalismo y las políticas en favor de la diversidad

“El multiculturalismo, en este sentido, acepta la dominación liberal, pero bajo el principio de la tolerancia. Y es justamente ahí donde el Brexit actuó”.

en Gran Bretaña fue la ausencia de políticas sobre las minorías culturales que no tenían una conexión histórica con el imperialismo británico. Especialmente, esto sería observable en comunidades como la polaca y, en menor medida, la latinoamericana. Ambos grupos han logrado una presencia significativa en la sociedad inglesa. Ocupan, principalmente, labores vinculadas a la clase obrera: construcción, limpieza, servicios menores, etc. ⁶ En su mayoría no hablan inglés y se caracterizan por no utilizar los servicios de salud (NHS) u otros beneficios sociales que otorga el gobierno. En el caso de los latinoamericanos –quienes se han asentado principalmente en ciudades como Londres, Manchester y Liverpool–, su condición es muy distinta a la experimentada por los latinos en Estados Unidos. En Gran Bretaña no existe un discurso popular sobre ellos. Sin embargo, en las comunidades polacas, la situación es muy diferente.

La clase obrera blanca inglesa posee un discurso extremadamente xenófobo hacia los polacos. Esto se ha visto fortalecido en los últimos años por la prensa sensacionalista. En efecto, en la votación del plebiscito a favor de salir de la Unión Europea, la única ciudad que posee un número importante de inmigrantes y que votó a favor del Brexit fue Boston. Esta ciudad, que se ubica en el centro-norte de Inglaterra, posee una de las más altas tasas de inmigrantes polacos. La campaña a favor del Brexit se concentró casi totalmente en ellos y en otros ciudadanos de países del Este y del centro de Europa, todos miembros nuevos de la Unión Europea y con derecho a trabajar en Gran Bretaña. Visto así, el obrero blanco inglés dio su rechazo explícito hacia esa globalización/regionalización: la del trabajador polaco precarizado que viaja los fines de semana a Polonia y regresa a trabajar a Boston –u otra ciudad de Inglaterra– de lunes a viernes, y que prescinde de los servicios sociales.

El discurso de la diversidad y las políticas culturales para incluir al otro en Gran Bretaña fue dirigido casi totalmente hacia las víctimas del imperialismo inglés, es decir, los pakistaníes, los bangladesíes, los hindúes, los afrocaribeños y los africanos. En otros términos, las políticas multiculturalistas de la diversidad estuvieron dirigidas en la dirección del otro con respecto a la racialización por etnia, a causa de los prejuicios blancos históricos contra estos grupos. Pero estas políticas culturales hechas por la BBC, por las editoriales de periódicos, por los museos y por el gobierno no tenían ningún interés ni por los polacos ni por los latinoamericanos, ya que no eran problemas del imperio y no tenían estatus minoritario. Estos grupos no tienen representación o defensa de sus identidades en el discurso oficial inglés. Entonces, frente a la precarización laboral general y las diferencias lingüísticas y culturales de las comunidades “blancas”, la clase obrera inglesa –de baja escolaridad y principalmente mayores de edad– optó por salirse de un proyecto europeo que los despojó de sus beneficios históricos y los relegó a la libre competencia con un otro común.

En síntesis, la lección general que podemos extraer de este breve ensayo es que la noción de ciudadanía está necesariamente en peligro por las realidades de un mundo híbrido. Al mismo tiempo, fuerzas reaccionarias –derivadas de antiguos líderes del imperio y descendientes de su leal clase obrera– contraatacan al cosmopolitismo. Finalmente, el proyecto europeo de regionalización nunca negoció con los ajustes estructurales –tanto económicos como culturales– necesarios para prosperar y el proyecto británico de multiculturalismo descuidó a una serie de minorías –como las aquí descritas– debido a su antigua lógica imperial. ■

